

LA VIDA DE SAN AGUSTÍN

SAN AGUSTÍN: PASIÓN POR LA VIDA

Cuando uno es niño, el mundo comienza y termina en la propia casa. Toda la humanidad son los padres y hermanos y todas las cosas los juguetes que ruedan por la habitación. Más tarde, se descubre la calle, la ciudad, el colegio, los mil rostros humanos que improvisan muecas inesperadas. Resulta que el mundo es tan grande que no se puede abarcar con las manos y los hombres y mujeres formarían una fila tan larga como incontable. ¿Quién se atrevería a hacer la lista con los nombres de los seres humanos que han pisado esta tierra nuestra? Imposible, desde luego. sin embargo, algunos han salido del anonimato y aparecen con letra mayúscula. Son los hombres y mujeres, de todos los tiempos y todos los pueblos, que todavía están vivos. Vivos porque no están arrojados en el pozo del olvido. Se presenta así la historia como una grandiosa cabalgata humana, como un río generoso que ha ido rehogando en su caudal los hechos más importantes de cada época. El arte, la guerra, el amor y el odio, han ido trenzando eso que llamamos el argumento de la vida. Detrás de cada acción realizada, de cada discurso pronunciado y de cada palabra escrita, el corazón y la mano del hombre. Quedarse en el frío relato de los acontecimientos o enredarse en fechas, es insuficiente y fatigoso.

Leer el corazón de los maestros de ayer y de siempre, es abrir el libro que nos enseña el oficio de vivir con dignidad. La distancia histórica se acorta cuando estamos ante hombres o mujeres fascinantes.

SAN AGUSTÍN Y SU PAISAJE

Todos nacemos envueltos por una geografía y enmarcados en una familia, un paisaje, una tierra y unos rostros. Por eso es obligado citar nombres y marcar unos puntos en un mapa determinado.

Agustín fue africano y África es un continente misterioso, noble y dolorido. El sol salvaje sobre la arena muerta del desierto no lo es todo. Africa también es mar, suelo fértil, trigales dorados y bosques de olivos. Africa fue el primer granero de Roma.

A mediados del siglo IV, Africa estaba bajo el dominio de Roma. TAGASTE era una pequeña ciudad que pertenece a la provincia de Numidia. En TAGASTE, al sur de Hipona y próximos a la frontera con Túnez, vivía el matrimonio formado por Patricio y Mónica, con probabilidad de descendencia bereber, padres de tres hijos: Perpetua, Navigio y AGUSTÍN.

TARJETA DE IDENTIDAD. LA VIDA POR DELANTE

El 13 de noviembre del año 354, nació AGUSTÍN. Patricio, su padre, no era creyente. Mónica, sin embargo, la madre, una mujer cristiana que, desde los primeros años se propuso ser, también, catequista de sus hijos y de su marido. De hecho, Patricio recibió el bautismo antes de morir.

La escuela comenzaba a los siete años. Los maestros enseñaban la lectura, el cálculo y la escritura instalándose en los pórticos, debajo de un cobertizo y, a veces, al aire libre. AGUSTÍN parecía un niño despierto, agudo e ingenioso. Con las ventanas de la curiosidad muy abiertas y sintiendo ese pellizco que lleva a buscar la novedad y lo prohibido. Mónica se encargó, sin demasiado éxito, de avisar a su hijo de los golpes de mar que esperan al traspasar la niñez.

Cuando tenía unos once años, AGUSTÍN se trasladó a estudiar a MADAURA. Las posibilidades de esta ciudad eran mayores que las ofrecidas por TAGASTE. En MADAURA se podían cursar gramática, retórica y estudios universitarios. Que nadie piense en un AGUSTÍN amante de los libros, desconocedor de la calle y sumiso a las orientaciones de sus profesores. Su retrato coincide, más bien, con ese joven crítico e insatisfecho, amante de sobresalir, que rechaza toda imposición. Y como hijo del suelo africano, recibió de esta tierra un temperamento ardiente, impulsivo y tierno.

Los hijos de familias acomodadas o los estudiantes mejor dotados, concluían su formación en CARTAGO, primera ciudad de África y segunda de todo el imperio romano en competencia con Alejandría. Patricio y Mónica no escatimaron esfuerzos por llevar adelante la educación de AGUSTÍN a pesar de que la posición económica familiar sólo correspondía a la de un modesto funcionario municipal.

EL ALMA VACIA. PRISIONERO DE SÍ MISMO.

Decir CARTAGO es decir esplendor, refinamiento en la cultura, fiestas.. AGUSTÍN viajó allí a los dieciséis años y sintió el asombro de tanto lujo y tantas diversiones. La ciudad, con el auditorio para los espectáculos musicales, el teatro y las grandiosas termas, desbordaba a cualquier joven. Mucho más a AGUSTÍN, número uno en la escuela de retórica, ligeramente envarado, que disfrutaba de su vanidad y su libertad por igual. AGUSTÍN, aunque aficionado al teatro, no quiso ser espectador y se propuso probarlo todo. Para él, vivir era amar, buscar, soñar, ensayar la libertad. En el grupo de sus amigos se presume, a veces, de quién es más atrevido. Gozaba así de mayor popularidad quien era capaz de contar las aventuras más audaces. Por eso se caía con frecuencia en

la exageración. Cualquier cosa menos pasar por estrecho o inexperto. Mientras, Patricio prepara el futuro de AGUSTÍN como orador brillante en los tribunales y Mónica contempla en ascuas aquellos años que su hijo vive sin freno y, desde luego, alejado de lo religioso.

Cartago supuso para el joven AGUSTÍN romper con todas las ataduras. La familia quedaba a cien kilómetros y todavía a mayor distancia los buenos consejos de Mónica, su madre. Por aquella época, cuenta el mismo AGUSTÍN en su libro titulado "Confesiones", todavía no amaba, pero deseaba amar. Buscaba amar y ser amado. La historia íntima de los hombres no varía. El amor es la sintonía de la vida humana. Cuando descubres el amor como hoguera que calienta tu mundo interior y como llamada que te invita al encuentro, amar y ser amado se convierten en el centro de gravedad de tu vida. Orientar el amor es tanto como situar adecuadamente la brújula del viaje más importante.

Entre los libros que cayeron en manos de AGUSTÍN, uno le produjo una fuerte sacudida. Se titulaba "Hortensio" y su autor era el escritor latino Cicerón. Despertó en AGUSTÍN el hambre de la verdadera sabiduría. Aquella literatura fue una provocación para buscar, sin descanso, la verdad. ¿Dónde encontrarla? No dudó en abrir la Biblia. Su lectura le resultó insoportable e incómoda porque la palabra de Dios, aunque sublime, es semilla que prende únicamente en la tierra de los pequeños y sencillos. AGUSTÍN, hinchado de orgullo, dejó de lado la Biblia y ensayó otros caminos. Ya entonces existía un amplio catálogo de sectas que ofrecían machaconamente su mensaje. Africa presentaba tantos bosques de olivares como de sectas: maniqueos, donatistas... Hombres delirantes, de palabra fácil, mitad filósofos y mitad predicadores. Sus palabras eran, las más de las veces, pura falsedad. De estas vaciedades se alimentaba AGUSTÍN. Por entonces, ya estaba tocado interiormente y Dios hacía su ronda cerca de aquel estudiante de Cartago. Con las manos llenas de preguntas corría ciego de un lugar para otro. Mónica, ya viuda, acompañaba a su hijo entre lágrimas y rezos. Una madre nunca levanta los ojos de su hijo, sobre todo si le ve envuelto en la oscuridad, y nunca deja que se muera la esperanza.

DE PROFESIÓN, AMIGO.

AGUSTÍN, con veintipocos años en el cuerpo, sintió el tirón de la mujer. Ya se sabe, un día aparece con fuerza la llamada del otro sexo y el corazón grita como una fiera herida. Asomó a sus ojos la alegría de estar enamorado y convivió con una mujer a quien guardó fidelidad. Sintió el estremecimiento de ver florecida su carne al tener un hijo entre los brazos que recibió el nombre de Adeodato (Dado por Dios).

La aventura inquieta de AGUSTÍN le llevó a aficionarse a la astrología y los horóscopos. Empachado de dudas, con la tensión de un corzo en primavera, llamaba a las puertas de las ciencias humanas buscando encontrar respuestas que saciaran su hambre de verdad.

En aquellos años, de vuelta a TAGASTE, volvió a encontrarse con un compañero de infancia. Surgió así una amistad entrañable que se anudo, todavía más, porque enfermó seriamente el amigo. Hacer junto a otra persona la travesía del dolor es, sin duda, una de las experiencias humanas más ricas. La enfermedad se agravó y la muerte le arrebató bruscamente al amigo. El corazón de AGUSTÍN se ensombrece de angustia y de soledad. Sintió un vacío profundo. Todo lo que había compartido con él se convirtió en un tormento insufrible. Sólo hallaba la compañía de las lágrimas. Era preferible la muerte a no poder soportar la ausencia del amigo. Pero la muerte era también odiada porque le había arrebatado brutalmente la mitad de su alma.

La ciudad de TAGASTE, con sus calles y plazas, le hablaba de su amigo constantemente. Vivía en aquella casa, aquí nos reuníamos, este era el paseo que frecuentábamos..."Siempre tuve la impresión de que mi alma y la suya eran un alma sola en dos cuerpos. Por eso la vida me resultaba terrible... La pérdida de la vida de los muertos, viene a significar la muerte de los vivos", confiesa AGUSTÍN. Es, sin duda, una de las páginas más bellas que se ha escrito sobre la amistad.

NAUFRAGO DE LAS IDEAS. EL AMOR QUE LUCHA.

Otra vez en Cartago. El vacío del amigo muerto sólo pudo llenarlo el encuentro con otros nuevos amigos. En la capital de Africa se dedicó intensamente al estudio y a escribir algunas obras. Entre sus compañeros de tertulias filosóficas había algunos que pertenecían a la secta de los maniqueos. El maniqueísmo era una religión oriental que establecía la existencia de dos principios eternos, iguales y opuestos: el Bien y el Mal, el Espíritu y la Materia, la Luz y las Tinieblas. El mundo y la creación tienen su origen en el Mal. Por eso todas las cosas materiales las juzgaban malas o, por lo menos, impuras. Esta filosofía de los dos principios fue seguida durante años por AGUSTÍN que intentaba encontrar explicación al problema del mal. Además, le habían hablado de un obispo maniqueo, llamado Fausto, como hombre de inteligencia penetrante y buen decir. AGUSTÍN, que estaba haciendo un camino largo y dramático para hallar la verdad, esperó a Fausto ansiosamente. Podía descubrirle la luz que le sacara de aquel túnel interminable de dudas. La entrevista, sin embargo, fue un fracaso. Quizá AGUSTÍN había hinchado sus expectativas o que ya estaba saturado de discursos. La verdad es más sencilla y limpia, no necesita estar envuelta en palabras maquilladas.

De sorpresa en sorpresa y de decepción en decepción, AGUSTÍN se siente peregrino sin rumbo. Así un día y otro día, viendo que en el calendario no se vislumbra la fecha de la luz y con la sensación de estar ante una montaña de preguntas. Algo así como el naufrago que se ve en alta mar y no sabe a qué agarrarse.

La experiencia de AGUSTÍN como profesor no es tampoco muy satisfactoria. Tropieza con la pereza y el desinterés de los alumnos. Decide, aconsejado por algunos amigos, viajar a Roma. Había oído decir que los jóvenes romanos eran más disciplinados y responsables en las clases. En Roma sería más fácil conseguir una situación, económica y social, estable.

De este modo, decide embarcar hacia Italia. Para justificar el viaje, inventa razones que su madre, naturalmente, no entiende. Cuando se entera de su partida, Mónica llora apenada.

Ya en Roma, AGUSTÍN enferma hasta el punto de ver próxima la sombra de la muerte. Supera la enfermedad y continúa frecuentando como oyente las reuniones de los maniqueos. Se iba enfriando su fervor por el grupo y borrando toda esperanza de hallar en aquella doctrina la verdad buscada. Por otra parte, comprueba que los estudiantes de Roma también son amigos de la picaresca. Dejar sin pagar a un maestro y abandonar el aula era una práctica bastante común. Hay que reconocer que en la capital del Imperio no le van bien las cosas a AGUSTÍN. Interiormente confuso, profesionalmente al borde del fracaso y decepcionado de la filosofía maniquea.

Tampoco Roma le ofrece la seguridad que necesitaba. Tenía que atender las necesidades materiales de una familia. Un día se entera de que en Milán está sin cubrir una cátedra de retórica. La candidatura de AGUSTÍN es aceptada y se reúne en Milán con su madre Mónica, la madre de su hijo y Adeodato. También se unirán algunos de sus mejores amigos, compañeros de camino y de inquietudes.

DIOS, CADA VEZ MÁS CERCA.

El obispo de Milán era Ambrosio, una figura muy interesante. Hijo de un alto funcionario de la corte, ocupó el cargo de gobernador de la ciudad. Más tarde, fue consagrado obispo. Hombre sabio, prudente y justo, había hecho los estudios de retórica, de filosofía, de derecho y de historia. Cuando predicaba, allí estaba AGUSTÍN pendiente de su palabra. Se sentía atraído por la personalidad del obispo más que por su doctrina. Después de la primera entrevista de AGUSTÍN con Ambrosio, comenzó entre los dos una relación de confianza. El obispo le acogió paternalmente, se interesó por su vida y su actividad, conversaron sin prisas una y otra vez. Un día le confesó la decisión de abandonar el maniqueísmo. Mónica, mientras, estaba segura de ver a su hijo bautizado.

En la larga peregrinación a la verdad ya sólo quedaban por cubrir las últimas etapas. AGUSTÍN, nacido para amar, buscador insatisfecho, va terminando su desierto. Descubre que Dios es la tierra prometida, el descanso del hombre: "Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón esta inquieto hasta que descansa en ti" . Dios se había cruzado en su camino. Algunos otros amigos andaban también hambrientos de felicidad. Decidieron vivir juntos, huir del ruido de la gran ciudad y poner en común sus bienes de modo que todo fuera de todos. El plan se descartó porque en el grupo había personas casadas, tenía que abrirse el proyecto también a las mujeres y no todas estaban dispuestas a embarcarse en aquella aventura.

En el alma de AGUSTÍN se libraban las últimas batallas. A través de la interioridad, de los amigos, y de la lectura de la Biblia se va acercando a Dios. El ejemplo de algunos convertidos y algunos monjes le arrastra. AGUSTÍN no es un gigante y tampoco una muralla. Se ve desarmado. Había que limpiar el corazón cribando el amor de egoísmos, romper las cadenas del pasado y rendirse ante la voz de la propia conciencia. Ya no se trataba de seguir barajando argumentos filosóficos ni de luchar cuerpo a cuerpo contra nadie.

La invitación a la conversen le había entrado como una espada en las entrañas.. Dios había esperado treinta y dos años.

VENCEDOR DE LA NOCHE.

Con su madre Mónica, su hijo Adeodato y un grupo de amigos, se retira a una casa de campo cerca de Milán, al pie de los Alpes. Allí cubrieron, AGUSTÍN y sus amigos el último tramo de preparación antes del bautismo. La finca se llamaba Casiciaco y el calendario marcaba el año 386.

Mónica hacía de madre del grupo, atenta a todas las necesidades y comunicándoles mansamente su experiencia de fe. Aquella mujer iba por delante en el seguimiento de Jesucristo.

Casiciaco (con AGUSTÍN al frente) no era un circulo de intelectuales que se pasaban las horas enfrascados en los libros. Se trataba de un grupo de amigos unidos por la búsqueda en común de Dios. Todo se compartía. Lo mismo las tareas del campo y de la casa que la oración o las lecturas. El estudio, el trabado manual, la oración, y el diálogo llenan cada jornada.

Va abriéndose la noche hacia el día. La verdad, la belleza, la felicidad, la paz, tienen un nombre: Dios. No se convirtió AGUSTÍN a Dios, fue Dios quien convirtió a AGUSTÍN y le regaló un corazón nuevo.

La conversión no es un golpe de timón que cambia el rumbo de la vida ni una decisión que se toma inesperadamente. Más bien, es el punto final de un proceso, la meta de una larga y dura carrera. La voluntad se resiste y pide plazos para el cambio. Decir mañana es decir nunca. El tirón final es un pulso con el pasado. La esclavitud hace que se pierda el gusto por la libertad. Hay que estrenar otra forma de vivir y esa novedad desde las raíces de uno mismo produce vértigo.

El mundo interior de AGUSTÍN no es un mar en calma. Tiene que saltar a tierra firme. Cuenta este momento a través de un hermoso episodio con el que escenifica el punto culminante de su conversión: Me hallaba aturdido. Caí derrumbado a los pies de una higuera. No recuerdo los detalles del como. Solté las riendas de mis lágrimas y se desbordaron los ríos de mis ojos. ¿Hasta cuándo voy a seguir diciendo mañana, mañana? ¿Por qué no ahora mismo? De repente oigo una voz que venía de la casa vecina. Una voz infantil repetía cantando: "¡Toma y lee! ¡Toma y lee!" No se trataba de un juego de niños, era Dios mismo quien me hablaba. Abrí la Biblia y leí el primer capítulo que encontré: No andéis en comilonas ni borracheras, no en impurezas ni rivalidades ni envidias. Revestíos de nuestro Señor Jesucristo (Rom 13,13-14). No quise leer más ni era necesario. Al terminar la lectura de este pasaje, sentí como si una luz de seguridad hubiera cubierto mi corazón, borrando todas las tinieblas de mi duda. Le conté todo esto a mi amigo Alipio y a continuación fuimos a hablar con mi madre que se llenó de alegría. Dios le había concedido más de lo que ella pedía entre 80110z06. (Confesiones 8,29 y 30).

La conversión de AGUSTÍN hay que fecharla en el año 386. Pasados unos meses en el retiro de Casiciaco, volvió AGUSTÍN a Milán para iniciar la preparación al bautismo. También le acompañó su hermano Nebridio, su amigo Alipio y su hijo Adeodato que tenía entonces quince años. Tiene lugar el bautismo el 25 de Abril del 387, en la vigilia pascual, de manos del obispo Ambrosio. Muere el AGUSTÍN atrapado en el maniqueísmo, intoxicado por el deseo de aplauso en los tribunales, y nace el AGUSTÍN convertido que va a intentar ser el primero en hacer vida propia el evangelio de Jesús.

Este mismo año 387 regresó a Roma desde donde él y sus amigos van a preparar el viaje de retorno a África para instalarse allí y comenzar una experiencia de vida común al servicio de Dios.

El puerto marítimo de Roma era Ostia Tiberina, en la desembocadura del Tíber y a unos veinte kilómetros de la ciudad. Los barcos debían esperar tiempo favorable para hacer una travesía tranquila un día AGUSTÍN y su madre se hallaban asomados a una ventana que daba al jardín de la casa donde estaban hospedados. contemplaban el cielo del atardecer. Cuando cae la tarde, el sol galopa en rojo y besa el espejo del mar. Madre e hijo contemplan mudos el agua desnuda. La tarde

está serena acariciante, con luz clara y tibia. Conversaban juntos y se preguntaban cómo sería la vida futura inundados de una alegría inmensa y distinta, sentían a Dios cerca resbalando por sus venas. Mónica tocaba ya la esperanza cumplida de ver a su hijo convertido.

SOLEDADES DE INVIERNO. MUERTE DE MÓNICA Y DE ADEODATO.

"A los cincuenta y seis años de edad y treinta y tres de la mía (cuenta AGUSTÍN) aquella alma fiel y piadosa quedó liberada de su cuerpo" (confesiones 11,28). Murió en Ostia el año 387.

Posiblemente por motivos políticos, durante algún tiempo se cortó el tráfico marítimo entre Ostia y Cartago. En los últimos meses del año 388 AGUSTÍN embarcó para África. Comenzó en Tagaste (su pueblo natal) junto con sus amigos y su hijo, un modo diferente de vida. Funda un monasterio y allí se dedica al estudio de la Biblia y a escribir algunos libros. Durante este tiempo, muere Adeodato a una edad todavía muy joven. Su padre hablará de él con tanto cariño como admiración.

SACERDOTE Y OBISPO PARA SERVIR.

Unos años más tarde, recibe una llamada de Hipona. Un funcionario público, buen cristiano y temeroso de Dios, quería conocerle. Hipona se llama hoy Bona o Annaba. Era entonces la segunda ciudad, después de Cartago, de aquella África del Norte barroca y contradictoria. Como en el resto de las ciudades romanas del norte de Africa, en la ciudad se habla el latín.

Regía la iglesia de Hipona el obispo Valerio. Ya era mayor y sentía mermadas las fuerzas para el gobierno. Mientras, AGUSTÍN iba dando cuerpo al proyecto de vivir en comunidad con los amigos dedicados a la oración y al estudio. Pero un buen día que el obispo hablaba a los fieles sobre la conveniencia de ordenar un sacerdote idóneo para aquella ciudad de Hipona, el pueblo aclamó a AGUSTÍN unánimemente. Los ojos de AGUSTÍN fueron un charco de lágrimas. No es que fuera un sentimental, es que veía sobre sus espaldas el gobierno de la Iglesia. Por eso lloraba.

Valerio, de origen griego, no muy suelto para hablar el latín, autorizó al nuevo sacerdote a predicar el Evangelio. La costumbre de la iglesia de África era otra. Sólo el obispo dirigía la palabra al pueblo.

No terminó aquí todo. El anciano Valerio disfrutaba escuchando a AGUSTÍN. Pensó, inteligentemente, que era buen candidato para cualquier lugar de África. Por eso, y por el temor de que se lo quitaran para alguna otra iglesia que no tuviera sacerdote, escribió al primado de Cartago,

rogándole nombrase obispo auxiliar de Hipona a AGUSTÍN. Valerio consiguió su propósito y el año 396 fue consagrado obispo.

Los planes de AGUSTÍN eran otros. Nunca había soñado ser sacerdote y mucho menos obispo. La conversión, sin embargo, como toda vocación cristiana, no admite condiciones, es firmar un talón en blanco. Cuando hay un adónde ir, todo descanso es traición.

LA AGENDA DE UN OBISPO.

A la muerte de Valerio, AGUSTÍN es el nuevo obispo de Hipona. La predicación va a ser la primera de sus tareas. La predicación y el diálogo, no siempre sereno, con los enemigos de la Iglesia. El donatismo y otras doctrinas dominan la historia del siglo IV en África. Algunos vendedores de engaños usaban la fuerza como argumento y amenazaban con la violencia a quienes se atrevían a dudar de sus discursos. Mucho más si lo hacían en controversia pública.

Al mismo tiempo, las obras escritas de AGUSTÍN van conociéndose en ultramar y también el estilo de vida de su monasterio. De aquellos muros van saliendo sacerdotes y obispos para distintas Iglesias.

Los ciudadanos de Hipona eran, principalmente, agricultores, marineros y comerciantes. Hipona mira a la vez al mar y al continente. AGUSTÍN, cercano a todos habla en sus sermones del trabajo cotidiano. Cita el hormigueo de la vida, las labores de la huerta y el proceso de elaboración del queso. Su predicación en la basílica, es una conversación directa con los fieles. Los domingos se abrían las puertas de bronce del templo. Descansaban los artesanos, cerraban los tribunales y el teatro y el circo suspendían sus funciones. El obispo celebraba la Eucaristía para el pueblo. Liturgia viva, pausada, en la que la gente habla, participa, aplaude o manifiesta su desacuerdo.

Durante los treinta y cuatro años como obispo, la enseñanza de la Palabra de Dios va a ser el primero y más importante de sus deberes. Por eso se han conservado más de quinientos sermones de AGUSTÍN. Cita la Biblia y, al mismo tiempo recurre a proverbios populares. Después de la predicación, tiene lugar la oración universal y se llevan las ofrendas procesionalmente hasta el altar mientras el pueblo canta algunos salmos. Se presentan el pan, el vino, uvas, aceite, cereales.. Observa AGUSTÍN en las Confesiones que su madre nunca acudía a la celebración eucarística sin llevar alguna ofrenda.

Los artistas presentan a AGUSTÍN revestido de ropas preciosas. El obispo de Hipona, sin embargo, nunca llevo capa ni se vio envuelto en púrpura. Una túnica de lana blanca y unas

sandalias cubrían su pequeña figura. Porque, parece ser, no destacaba ni por su estatura ni por su salud física.

Ser obispo en aquel tiempo obligaba a pisar la calle y hacer de juez imparcial en herencias familiares, derechos de propiedad... Cuestiones enrevesadas que hoy se deciden en los tribunales civiles. AGUSTÍN, que vive en comunidad con sus sacerdotes y otros clérigos, mira con envidia a quienes pueden dedicar más tiempo al estudio y al trabajo manual. Por la casa del obispo pasan viudas desamparadas, pedigüeños, jóvenes que consultan si han de alistarse en el ejército o que piden consejo antes del matrimonio. Otras veces solicitan interceda por los reos ante los jueces.

La iglesia de África está dividida. Maniqueos, arrianos, donatistas, pelagianos y católicos se enfrentan en continuas discusiones. En Cartago, el año 411, se celebra una gran asamblea a la que asistieron casi trescientos obispos católicos y otros tantos donatistas. AGUSTÍN, dialéctico y agudo, es la voz católica en estas controversias.

Una ciudad portuaria como Hipona es, inevitablemente, lugar de paso. Además, el nombre de AGUSTÍN atraía a numerosos visitantes que deseaban conocerle y conversar con él. A la hora de la comida, con frecuencia se sientan huéspedes a la mesa. Era una oportunidad para hablar con el obispo y convivir, por lo menos unas horas, con aquella comunidad cada vez más conocida.

De noche, a la luz de la lámpara de aceite, es el momento de sentarse a la mesa para despachar cartas, preparar la intervención en alguna asamblea de obispos o retomar el código del libro que está escribiendo.

Administrar los bienes de la Iglesia era una de las funciones del obispo. Tarea nada grata para AGUSTÍN, poco amante de ocuparse de nuevas edificaciones, de compras y de ventas. Llamaba a los pobres compañeros de pobreza y cuando celebraba el aniversario de su consagración episcopal les invitaba a un banquete. Como ya lo había hecho Ambrosio, obispo de Milán, mandó fundir los vasos sagrados para socorrer a los cautivos y a otros necesitados. Este gesto no fue comprendido por todos.

TIEMPO DE OTOÑO. LA MUERTE CERCANA.

El año 410 las tropas de Alarico entraron en Roma y destruyeron la ciudad. Sólo quedaron en pie las basílicas de San Pedro y San Pablo. El saqueo de Roma conmovió a todo el Imperio. Los invasores no inquietaban mucho a África por la protección natural del mar. Más tarde, el 429, los bárbaros pasan de España a África dejando en todas partes las huellas de la violencia. AGUSTÍN, pastor de corazón inmenso, vive uno de los períodos más atormentados de la Iglesia y del Imperio.

África es un brasero de herejías y nada podía hacer para frenar aquellas turbas que sembraban la crueldad y la miseria. “Habéis de saber que yo en este tiempo de angustia, (comenta AGUSTÍN) pido a Dios, o que libre a la ciudad del cerco de los enemigos, o, si es otro su deseo, dé fortaleza a sus siervos para cumplir su voluntad, o me arrebate a mí de este mundo para llevarme consigo”.

Desde la azotea de los años, con tanta humanidad a cuestas, AGUSTÍN ve caer el Imperio de Roma y derrumbarse la arquitectura de su cuerpo. Antes de morir quiso revisar y corregir los libros que había dictado. Pensaba que algunos de sus escritos podían estar teñidos con doctrinas de cuando se alimentaba con las migajas de un pan pobre.

Despierta la memoria del pasado, mando copiar en grandes pergaminos los salmos de David que invita a la penitencia y colocarlos sobre la pared de su habitación. Así los leía y oraba mientras esperaba la muerte arropado en la esperanza. Había salido a su encuentro un Dios padre que perdona y nos mira con ternura. El 28 de Agosto del año 430, mientras entraban en Hipona los vándalos a las ordenes de Genserico, moría AGUSTÍN con tanta lucidez como plena madurez intelectual y espiritual.

MAESTRO EN HUMANIDAD. BUCEADOR DEL ESPÍRITU.

Dieciséis siglos. ¿Podrá alguien salvar la distancia de quinientos ochenta y cuatro mil días y más de catorce millones de horas? AGUSTÍN observa y desentraña ese gran misterio que es la vida humana. Ve cómo los hombres nacen, viven y desaparecen de la escena de la historia. También los grandes imperios (como el de Roma que se hunde ante sus ojos) conocen el ocaso. Todo este orden caduco de acontecimientos y de cosas se asemeja a un río que pasa sin retorno. El ser humano, sin embargo, no es amigo de lo provisional y siente hambre de inmortalidad. Por eso AGUSTÍN buscó a lo largo de su vida la orilla de lo permanente y absoluto.

La historia de AGUSTÍN tiene el colorido de quien le ha tomado el pulso a todo lo humano y ha encontrado a Dios en el fondo de su propia alma. Allí donde anidan los sentimientos más transparentes y los más inconfesables.

Es, en definición de Manuel Machado, “el amigo santo y el santo amigo”. Un amigo santo nos obliga a la certeza de que Dios y el amor son, al fin, más fuertes que todos los oscuros poderes y todas las miserias humanas. Un santo amigo, es alguien, cercano y vecino (de carne roja y huesos blancos como los nuestros) que se ha tomado en serio el oficio de ser hombre siguiendo a Jesucristo.

Escribe sus Confesiones para ofrecernos el testimonio íntimo y sangrante de quien, se siente esperado, perdonado y salvado por Dios. ¿Se podrá repetir hoy esta experiencia? Nadie puede dormirse en la desesperación y decir, no puedo. AGUSTÍN encontró la verdad tras un largo tiempo de búsqueda inquieta. Fue dejando en el camino jirones de la propia alma. Vivió días de inmensa soledad, de pobreza casi infinita. Buscó, lloró, amó... Hasta que el sí recio y entero que supone la conversión, cambió de rumbo la brújula de su vida. Después, a vivir mucho y deprisa, gritando a los hombres de todos los tiempos que, aunque estamos hechos como una dura labranza, el amor puede hacer en nosotros la imagen que Dios ha soñado.

En el libro íntimo de las Confesiones, AGUSTÍN explica el porqué de tantos seres humanos cansados, heridos en la misma voluntad de vivir: "Nos hiciste, Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansé en ti". El corazón humano no puede llenarse con cualquier cosa.

En otra obra suya, titulada Soliloquios, dirige a Dios una plegaria que recoge las aspiraciones humanas fundamentales: "Conózcame mí, conózcate a Ti". Estas dos miradas (hacia Dios y hacia uno mismo) nos permitan conocer la verdad, saborearla y vivir abrazados a ella. Así entendió SAN AGUSTÍN la pasión por la vida.

OBRAS PRINCIPALES DE SAN AGUSTÍN.

- 383 - 384 Sobre la belleza
- 386 - 387 Soliloquios.
- 391 - 395 Comienzan sus Sermones. (Más de 500).
- 395 Comentarlos a 108 Salmos.
- 398 - 401 Confesiones.
- Cartas. (Unas 300).
- 405 La Catequesis de los principiantes.
- 413 - 426 La Ciudad de Dios.
- 416 La Trinidad.
- 418 Tratados sobre el Evangelio de San Juan.